

cisamente según un proceso de herencia social. Así la sociedad dice al criminal «debes perecer». Matamos los peores de ellos, encerramos en las cárceles de por vida á los malos, é intentamos reformar el resto. Todos, pues, quedan excluidos de la herencia del pasado. Por último, con todos ellos y los demás casos de variaciones menos importantes en una ú otra dirección, encontramos un tipo de variación, el cual, aunque tome diferentes formas, presenta uno de los tipos más críticos é interesantes del estudio social, el *genio*. Más adelante hablaremos de él.

#### § 5.—EL JUICIO SOCIAL

49. Mediante todo el intercambio de sugerencias entre vosotros, yo y los demás, en todo el da y toma entre nosotros descrito, prodúcese un sentido obscuro de un cierto entendimiento social que nos envuelve en general—un *Zeitgeist*, una atmósfera, un gusto, ó, en materia de menos importancia, un estilo. Es cosa muy especial, este espíritu social. La mejor manera de concebirlo, al menos en parte, es transportarse á un círculo donde sea diferente. La frase común, «como el pez fuera del agua», indica esa situación muy bien. Pero no sirve esto para la ciencia. Lo mejor que puede hacerse ahora para dar una idea preliminar del espíritu de que se trata, es recordar otra palabra que tiene un sentido popular, la palabra «juicio». Puede decirse que hay en toda sociedad un sistema general de valores que encontramos en los usos sociales, convenciones, instituciones y fórmulas, y que nuestros «juicios» de la vida social están fundados en nuestro reconocimiento de estos valores y del arreglo de los mismos, según ha llegado á fijarse más ó menos en nuestra sociedad. Por ejemplo, decir «sea usted bien venido» á ese vecino desagradable, equivale á mostrar su buen juicio social en un asunto de poca monta. No disputar con un homeópata entusiasta, que al encontraros en la calle desee curar vuestro reumatismo con su sistema, es una prueba de buen juicio. En suma, el hombre

normal, á medida que se aleja de su primera infancia, revela más y más un cierto buen juicio; y su buen juicio es también el buen juicio de su medio social, comunidad ó nación. El psicólogo puede preferir decir que el hombre «siente» esto: quizás sería mejor para el lector psicólogo decir sencillamente que tiene el «sentido» de ello; pero el uso popular de la palabra «juicio» es tan adecuado á las distinciones que yo establezco que lo acepto. Por lo que podemos afirmar esta proposición general, de que el *candidato elegible para la vida social debe tener un buen juicio*, en relación con las exigencias comunes del juicio de su pueblo (1).

Podría, sin embargo, dudarse de este sentido de los valores sociales en el resultado de la sugestión obrando á través de una educación social. Lo que hemos intentado mostrar en el anterior capítulo sobre el desenvolvimiento personal del niño. Espero que aparecerá como verdad á quien se tome el trabajo de observar la tentativa del niño para actuar los usos sociales de la familia y de la escuela. Cualquiera puede ver ahora el desenvolvimiento de esta especie de juicio que describo. A través del movimiento fundamental del desenvolvimiento personal, todos los valores de su vida tienen su papel. Así afirmo que su sentido de la verdad, en lo referente á las relaciones sociales de su medio, es el resultado del gradual aprendizaje de su lugar personal en esas relaciones.

50. De lo expuesto llegamos, como conclusión de esta parte de nuestro estudio, á afirmar que la *persona socialmente incapaz es la persona falta de juicio*. Puede ella haber aprendido mucho en algunas direcciones: puede en lo principal reproducir las actividades requeridas por la tradición

(1) «Un interesante fenómeno relativo al caso es el que usualmente se describe en el influjo del ejemplo sobre la creencia personal. Lo que llamamos persuasión es, en un sentido amplio, la sugestión de la emoción que acompaña á una convicción fuerte, junto con la correspondiente influencia que la emoción sugerida tiene sobre las relaciones lógicas aprendidas por la víctima».—Baldwin, *Mind*, Enero 1894, pág. 50. En discusiones ulteriores se hace ver en términos más rigurosos el sentido psicológico de esta proposición. (Cons. cap. III, § 3, t. III.)

social; pero con todo ello, resultará en algún grado fuera del sistema general de los valores estimados necesarios por la sociedad. Aparece esto claro en los tipos acentuados de individuos insociables. El criminal es un hombre falto de juicio. Puede conducirle una mala corriente de herencia natural, lo que los teólogos llaman pecado original; es entonces un «criminal-habitual», según la clasificación de tipos de Ferri. Puede ser totalmente inconsciente de su defecto para aceptar las enseñanzas de la sociedad, siendo para él el crimen lo normal. Pero el hecho permanente es lo erróneo de su juicio social; lo normal para él no es lo normal de la sociedad. No ha sido educado en el juicio de sus compañeros, aunque haya podido recibir una educación extraña más completa. Puede ocurrir ó que el criminal cometa el crimen llevado por el influjo de una mala compañía que represente una corriente temporal de influencia social; ó porque su energía nerviosa haya sido temporalmente excitada hasta el punto de perder la acción de su educación en el juicio social. En todos estos casos es el «criminal de ocasión»; pero en cuanto es un criminal y cede á la tentación y obedece á un impulso privado, es lo cierto que pierde su equilibrio social. En todo ello revela que la conciencia social, que fija el nivel de la rectitud de juicio en su tiempo y en su lugar, no tienen en él una energía constante. En cuanto al idiota, al imbécil, al loco,—también están faltos de buen juicio, por la excelente, pero triste razón, de que no tienen ninguno.

#### § 6.—CONCEPCIÓN DE LA PERSONA SOCIAL

51. Parece oportuno, en este momento de nuestra investigación, poner de relieve la principal conclusión á la cual nos llevan nuestras discusiones, aunque la repetición sea superflua para muchos de nuestros lectores. Para la clara comprensión de las proposiciones generales implicadas en los ulteriores desenvolvimientos de estos ensayos, crep conveniente, por lo demás, aventurarme en esta última exposición.

Toda nuestra indagación nos ha llevado á ver que una de las concepciones históricas del hombre es, en su aspecto social, errónea. El hombre no es una persona que se levanta en su aislamiento majestuoso, en su pobreza, pasión ó humildad, y que ve, encuentra, venera, pelea ó domina á otro hombre que se le opone, persistiendo cada cual en su majestuoso aislamiento, pobreza, pasiones, humildad, de suerte que pueda considerarse como una unidad en el proceso de la especulación social. Por el contrario, *el hombre es más bien un producto social que una unidad social*. Es además, en gran parte, otra cosa. Sus actos sociales—aquellos que no le presentan como antisocial—son suyos, *porque* son primeramente de la sociedad; de otro modo, no habría podido aprenderlos, ni tendría tendencia á realizarlos. Todo lo que él aprende, es copiado, reproducido, asimilado de sus compañeros, y todo lo que todos—los compañeros sociales—y él mismo hacen y piensan, lo hacen y piensan porque todos han seguido la misma corriente, copiando, reproduciendo, asimilando. Cuando actúa privadamente por completo, es siempre arma al brazo, y todo uso que de su arma hace deja una impresión indeleble sobre otro y sobre él mismo.

Fundándose en estas verdades, escritores recientes (1) han intentado indicar cómo debe construirse gradualmente la filosofía de la sociedad. Sólo el olvido de tales hechos puede explicar el estado actual de la ciencia social. Nuestra convicción filosófica, fundada en los resultados más generales de la psicología y de la antropología, es que el hombre no es dos seres, un *ego* y un *alter*, cada uno de los cuales está en activa y crónica protesta contra una tercer gran cosa: la sociedad; es preciso apartar ese fantasma, y con él los remedios propuestos por los egoístas—desde Hobbes á los modernos individualistas,—y por tal modo se habrá vencido el principal obstáculo al buen éxito del estudio de la sociedad.

52. Nada mejor quizá para aclarar el punto de vista que

(1) Stephen, S. Alexander, Höffding, Tarde.